

## Sexto domingo del TO B2021

Las lecturas de este domingo se centran en la integración humana. Muestran que donde los seres humanos crean división entre sí y se excluyen unos a otros debido a su estatus o enfermedad, Dios ofrece curación, integración y restauración a la dignidad humana. Nos invitan a confiar nuestra vida a Dios, que es capaz de sanarnos y devolvernos nuestra vida en plena integridad.

La primera lectura describe las prescripciones que Moisés y Aarón dieron al pueblo de Israel sobre la existencia de la lepra. Muestra que la enfermedad estaba testiguada por los líderes espirituales de la comunidad. También muestra que los leproso fueron excluidos de la comunidad hasta que un sacerdote atestiguara la curación.

Lo que este texto nos enseña es que en el antiguo Israel, algunas enfermedades como la lepra eran muy difíciles de aceptar. Otra idea es la verdad de que Israel era una sociedad tanto civil como religiosa. Finalmente, hay la certeza de que la dimensión religiosa de la sociedad israelí tuvo un predominio en la percepción civil.

Este texto nos ayuda a comprender el punto del Evangelio de hoy en que Jesús sana a un leproso. En primer lugar, el Evangelio comienza con la petición del leproso a Jesús que lo cure. Luego, habla de la reacción de Jesús que lo sanó. A continuación, habla del silencio que Jesús le impuso y su recomendación de que se presente al sacerdote y ofrezca la ofrenda prescrita. El Evangelio termina con la publicidad del leproso curado sobre todo el asunto.

¿Qué aprendemos del evangelio de hoy? Hoy quiero hablar del gozo de la curación y la gracia de la integración. Para poder apreciar la curación en el Evangelio de hoy, tenemos que entender la psicología de la enfermedad y lo que está pasando en la mente de la persona enferma.

La mayoría del tiempo, cuando alguien está enfermo, muchas cosas suceden en su mente y surgen muchas preguntas sobre el resultado de su vida y su futuro. Si bien algunas enfermedades son curables, otras son incurables y, por lo tanto, parecen ser terminales. Sin embargo, cualquiera que sea la gravedad o la insignificancia de una enfermedad, siempre es un motivo de preocupación. Esta preocupación se vuelve más preponderante cuando la enfermedad es incurable.

Este fue exactamente el caso de la lepra como se describe en el libro de Levítico. El que lo tenía estaba en una situación muy difícil. Además del hecho de que la enfermedad era incurable, el leproso estaba excluido de participar en el funcionamiento normal de la sociedad. Además, la lepra dejaba a una persona inmunda y, por tanto, incapaz de participar en el acto de adoración en el templo o la sinagoga. Ante una circunstancia tan particular, el leproso no sólo tuvo que soportar el dolor físico de su enfermedad, sino también la angustia psicológica y el desamor de ser desterrado de la sociedad humana y rechazado de la Sinagoga.

Cuando ese hombre fue sanado, ciertamente se sintió muy feliz por la transformación que sucedió en su vida. De marginado y paria, pasó a ser un ciudadano integrado con derechos y dignidad, un hombre que podía volver a adorar en el templo.

Si bien la Ley de Moisés prescribía huir de tales personas, Jesús fue incluso a tocarlo y tratarlo con respeto y amor. Esta es la razón por la que el leproso no podía dejar de hablar de su curación a pesar de la recomendación de Jesús de no hacerlo.

Al sanar al leproso, Jesús lo estableció en su dignidad de hijo de Dios. Por eso, tenemos que entender que una persona humana, sea que sea su condición física o mental, sigue siendo siempre una persona humana. Es incluso nuestro deber a nosotros que estamos sanos, respetar a todos los discapacitados física o mentalmente, como los paralíticos y los ancianos. Siempre debemos recordarnos que no solo somos una sociedad de gente sana, sino también de enfermos que merecen todo nuestro respeto y amor.

Nosotros, que estamos en buena salud, tenemos el deber de cuidar a los enfermos, de atenderlos, de ser pacientes con ellos, de aceptarlos y de tolerarlos a pesar de su menguada condición. Estas personas nos recuerdan que nosotros, que estamos sanos, tenemos la suerte de estar en buena forma; y por eso tenemos que estar agradecidos con Dios. Pero también nos recuerdan la fragilidad de la condición humana. Quizás hoy estemos en buena forma y todo funcione bien con nosotros, pero ¿quién sabe qué mañana nos puede reservar?

Además, al curar al leproso y tocarlo, Jesús nos desafía a ser como él, es decir, a sentirnos tocados por el sufrimiento de nuestros semejantes, a mostrar compasión y estar listos para actuar en respuesta a sus problemas.

Jesús también nos enseña inclusión en lugar de exclusión. Quiere decirnos que ha venido para destruir las barreras que separan a las personas y para dar un ejemplo que tenemos que seguir, es decir, que no hay nadie que Dios excluya ante él por su apariencia física, o el color de su piel, o el acento de su idioma. Todos somos hijos e hijas de Dios quien nos ama de la misma manera y sin distinción.

Pidamos a Jesús que nos sane también de nuestra propia enfermedad, psíquica y espiritual. La lepra del cuerpo es el rostro visible de la enfermedad, pero la enfermedad espiritual es invisible a los ojos. Realmente necesitamos la curación espiritual cuya limpieza física del leproso es el símbolo. Abrámonos a la limpieza de Dios. ¡Que Jesús toque nuestro corazón para que trabajemos juntos por la integración de los marginados y excluidos de la sociedad! ¡Dios los bendiga a todos!

**Levítico 1: 1-2, 44-46; 1 Corintios 10: 31-11: 1; Marcos 1: 40-45**



Fecha de la Homilía: el 14 de Febrero, 2021

© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20210214homilia.pdf